

---

# La oración de Jesucristo

## *The Prayer of Jesus Christ*

RECIBIDO: 18 DE DICIEMBRE DE 2018 / ACEPTADO: 15 DE ENERO DE 2019

---

Isabel María LEÓN-SANZ

Universidad de Navarra. Facultad de Teología  
Pamplona. España  
ID ORCID 0000-0001-7528-9150  
ileon@unav.es

**Resumen:** La oración de Jesús es un lugar privilegiado para conocer el misterio de su ser y de su obrar redentor, y en esa medida constituye un camino idóneo para la reflexión cristológica. En su oración se muestra como verdadero hombre, heredero de la piedad de Israel. Al mismo tiempo, la originalidad de su plegaria desvela el misterio del Padre, y de él mismo como Hijo enviado: verdadero Dios y verdadero hombre. Ambas dimensiones fundamentan la mediación única de Cristo. En el artículo se profundiza en estos aspectos, considerando algunas consecuencias para la oración cristiana.

**Palabras clave:** Jesucristo, Oración, Mediador.

**Abstract:** The prayer of Jesus is a privileged place to know the mystery of his being and redemptive work. It constitutes, therefore, a suitable path for Christological reflection. In his prayer, he shows himself as a true man, heir of the piety of Israel. At the same time, the originality of his prayer reveals the mystery of the Father and of himself as Son sent: true God and true man. Both dimensions serve as the basis for the uniqueness of Christ's mediation. This paper delves into these issues and considers some their consequences for the Christian prayer.

**Keywords:** Jesus Christ, Prayer, Mediator.

Jesucristo es modelo y maestro de la oración del cristiano. Los evangelios reúnen a lo largo de su predicación numerosas indicaciones y parábolas sobre el modo de orar, entre las que destaca el texto paradigmático del padrenuestro. Pero más allá de su enseñanza sobre la oración, Cristo mismo se constituye en *camino* y cauce de nuestro diálogo con Dios (Jn 14,6), *puerta* que nos da acceso a la intimidad del Padre (Jn 10,7)<sup>1</sup>, nuevo *templo* donde podemos adorarle en espíritu y en verdad (Jn 2,21 y 4,23-24)<sup>2</sup>. Estos aspectos de la mediación de Jesucristo se encuentran enraizados en el misterio de su ser: el Hijo de Dios hecho hombre. Y precisamente en su oración es donde este misterio se transparenta de modo privilegiado, al desvelarse como diálogo humano del Hijo con el Padre en el Espíritu Santo. En la intimidad de esa relación se revela de modo único el misterio del Padre y del mismo Cristo como Hijo enviado, verdadero Dios y verdadero hombre. Por eso puede afirmarse que la oración constituye el «centro y clave de la vida de Jesús»<sup>3</sup>.

En este trabajo se busca reflexionar sobre esta idea. Se dejarán de lado las enseñanzas concretas de Jesús sobre el modo de orar<sup>4</sup> para centrar la atención en algunos aspectos de su propia plegaria en cuanto en ella se manifiesta el misterio del Mediador<sup>5</sup>. De este misterio se deriva que el cristiano se encuentra con el Padre incorporándose al espacio de la oración de Cristo y tomando parte en ella: «la oración *de los hijos* es la oración *del Hijo*, plegaria cristológica, “per Christum”»<sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Cfr. GUARDINI, R., *Introducción a la vida de oración*, col. Pelicano, Madrid: Palabra, 2002, 116-119.

<sup>2</sup> Cfr. BANDERA, A., *María orante con Cristo. Una oración teologal*, colección Tau 27, Ávila: López Hernández, 1990, 47.

<sup>3</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual. Ejercicios espirituales dados en el Vaticano en presencia de S. S. Juan Pablo II*, 2ª ed., Madrid: BAC, 2005, 90.

<sup>4</sup> Una síntesis breve y clara de la enseñanza de Jesús sobre la oración: cfr. SCHLOSSER, M., *Teología de la oración. Levantemos el corazón*, Salamanca: Sígueme, 2018, 58-63, 70-97.

<sup>5</sup> La importancia de la categoría de mediación para comprender la relación entre Dios y el hombre a lo largo de la historia de la salvación ha sido puesta de relieve en IZQUIERDO, C., «El Mediador, una clave para la teología», *Scripta Theologica* 49 (2017) 351-370.

<sup>6</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual*, 49. Para introducirse en una visión de conjunto sobre la oración de Cristo, cfr. LA POTTERIE, I. DE, *La oración de Jesús*, Madrid: PPC, 1999. Tienen gran interés las reflexiones de J. RATZINGER en *Il Dio di Gesù Cristo*, 4ª ed., Brescia: Editrice Queriniana, 2011, y en *El camino pascual*, 73-85, 90-129, 141-149. En otro orden, es preciso mencionar las catequesis de san Juan Pablo II y de Benedicto XVI sobre la oración de Cristo: SAN JUAN PABLO II, *Creo en Jesucristo. Catequesis sobre el Credo II*, 3ª ed., Madrid: Palabra, 1987, 108-117, 325-330, 368-387; SAN JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo. Catequesis sobre el Credo III*, Madrid: Palabra 1997, 234-238, 376-381; BENEDICTO XVI, *La oración de Jesús*, Madrid: Palabra, 2012.

Contemplar la oración de Jesús ha sido desde el principio un polo de atracción para sus discípulos, no solo en cuanto ejemplo a seguir sino ante todo como cauce para conocerle con mayor profundidad<sup>7</sup>. Acercarse por esta vía al misterio requiere un delicado respeto, conscientes de que la mayor parte del trato de Cristo con el Padre ha quedado velado en el interior de su alma. No obstante, las indicaciones que ofrece el testimonio apostólico sobre el modo y el contenido de la oración de Jesús proporcionan una gran luz sobre su conciencia filial y mesiánica. En ese diálogo se muestra la verdadera humanidad de Jesucristo, que acoge la herencia de la espiritualidad de Israel y se sitúa en continuidad con la piedad más genuina de los orantes del Antiguo Testamento. Pero a la vez, su oración posee rasgos originales en los que se manifiesta la intimidad de su condición de Hijo; y a partir de ese coloquio se puede contemplar todo su obrar redentor como fruto de la comunión de vida de Jesús con el Padre, traducida en la determinación por cumplir fielmente la misión que le ha encomendado.

Estas consideraciones tienen un claro alcance metodológico, pues implican que en la oración de Cristo es donde se revela de forma más inmediata y profunda el misterio de la encarnación. Se trata, por tanto, de una vía necesaria e imprescindible para la teología<sup>8</sup>. Como pone de relieve el Cardenal Ratzinger, «la fe cristológica de la Iglesia se abre camino en la meditación de la oración de Jesús»<sup>9</sup>: «toda la reflexión en torno a Cristo –la cristología– no hace otra cosa que interpretar su oración: la persona entera de Jesús se halla contenida en su plegaria», precisamente porque «el centro de su vida fue el contacto permanente con su Padre, la intimidad de su oración. La cristología que se expresa en el título “Hijo” es, en el fondo, teología de la oración»<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> CASCIARO, J. M., «La oración de Jesús en los evangelios sinópticos», *Scripta Theologica* 23 (1991/1) 215-228, 215: «En la “oración de Jesús” [...] se debía reflejar, de alguna manera, la hondura inefable de su ser, la nobleza de sus sentimientos humanos, la transparencia de sus actos».

<sup>8</sup> BANDERA, A., *María orante con Cristo*, 41-42.48: «La cristología, tal como el Nuevo Testamento la presenta, se desarrolla en un ambiente o clima de oración. Cristo vive con el rostro permanentemente vuelto hacia el Padre (cfr. Jn 1,18), mantiene con Él un ininterrumpido diálogo de amor íntimo que adora, alaba, da gracias, se duele de los pecados de los hombres [...] La oración no es un acto adosado al ministerio profético de Jesús sino la culminación de este ministerio en lo que tiene de autorevelante».

<sup>9</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual*, 89.

<sup>10</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual*, 96.98.

En la plegaria humana del Hijo de Dios se desvela misteriosamente su diálogo eterno con el Padre en el Espíritu Santo<sup>11</sup>. Esto convierte la contemplación en un camino particularmente idóneo para conocer a Cristo, ya que permite acceder a su intimidad participando en el misterio de su oración. En cuanto Hijo eterno de Dios, el acto central de la persona de Jesús es la constante referencia al Padre en el mutuo Don; por eso también en cuanto hombre toda su vida y actuación redentoras expresan una existencia filial, continuamente dirigida al Padre en el Espíritu. Pero de este modo, al mismo tiempo, encontramos en Jesús la plena realización del ser humano, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Como explicaba san Agustín con una profunda intuición, la imagen de Dios en el hombre consiste en ser *capax Dei*<sup>12</sup>, en la capacidad y la disposición a recibir el don de la divinización y así llegar a ser partícipe de la naturaleza divina (cfr. 2 Pe 1,4). De esta manera, el ser humano implica una esencial apertura y orientación a Dios, vivir en referencia ontológica y dialógica hacia Él. Por eso, en la oración de Cristo se desvela igualmente la realización más perfecta del misterio del hombre.

Unas palabras del papa Francisco permiten introducir la dimensión encarnada de la oración de Jesús: «Los evangelios nos presentan retratos muy vívidos de Jesús como *hombre de oración*. (...) Jesús rezaba como reza cada hombre en el mundo. Y, sin embargo, en su manera de rezar, también había un misterio encerrado»<sup>13</sup>. Jesucristo es verdadero hombre, su diálogo con Dios es realmente humano. El Hijo de Dios ha asumido un linaje, se ha insertado en la historia, ha hecho suya la tradición de la piedad del pueblo escogido; y a la vez, en el mismo estilo y contenido de su oración se advierten rasgos de una profunda novedad. Este rasgo de continuidad y discontinuidad ha sido puesto de relieve con frecuencia<sup>14</sup>. Marianne Schlosser lo relaciona expresamente con el miste-

<sup>11</sup> RATZINGER, J., *Il Dio di Gesù Cristo*, 4ª ed., Brescia: Queriniana, 2011, 31-34. «La sua intera esistenza è proiettata nella preghiera, dentro l'abisso della verità e della bontà che Dio è. Solo a partire da questo Figlio noi sperimentiamo realmente chi è il Padre (...) Un Gesù che non fosse continuamente immerso nel Padre, che non comunicasse continuamente e profondamente con lui, sarebbe un essere del tutto diverso dal Gesù della Bibbia, dal Gesù reale della storia» (31). Cfr. también RATZINGER, J., *El camino pascual*, 94 y 141-143.

<sup>12</sup> SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, XIV, 8, 11: «Eo quippe ipso imago eius est, quo eius capax est, eiusque esse particeps potest» (*Opere di sant'Agostino*, Roma: Città Nuova Editrice, 1973, v. IV, 582).

<sup>13</sup> FRANCISCO, PAPA, *Ciclo de catequesis sobre el «Padre nuestro»*, audiencia general del 5-XII-2018. Cfr. CEC, n. 2599.

<sup>14</sup> CASCIARO, J. M., «La oración de Jesús en los evangelios sinópticos», 216-218; HAMMAN, A., *Compendio de la oración cristiana*, Valencia: Edicep, 1990, 35-36; JEREMIAS, J., *Abba y El mensaje central del Nuevo Testamento*, Salamanca: Sígueme, 1993, 81-82; SCHLOSSER, M., *Teología de la ora-*

rio de la encarnación, mostrando la doble dirección que articula la mediación de Cristo: Jesús es la Palabra de salvación que Dios dirige a los hombres y, a su vez, en cuanto hombre, es la respuesta plena que la humanidad eleva en Él al Padre. De este modo, su oración mana de dos fuentes: se arraiga «en la oración del *pueblo de Israel*, del que procede como Mesías prometido» y «en la *singular* relación con su Padre, por quien ha sido enviado»<sup>15</sup>. Nos detenemos a considerar esta doble raíz, en la que se condensa el misterio de Jesucristo.

## 1. JESUCRISTO ORA COMO VERDADERO HOMBRE

En el evangelio se refleja que María y José eran una familia piadosa que vivía con fidelidad la liturgia y las prácticas prescritas en la Ley, como puede reconocerse en las referencias a la circuncisión y a la presentación de Jesús en el templo, las peregrinaciones a Jerusalén, o la costumbre de ir a la sinagoga para participar en los ritos del sábado (Lc 2,1-52; 4,16). Desde su niñez, Jesús aprendió las oraciones con las que rezó hasta el final de su vida<sup>16</sup>. En el hogar se fue introduciendo en el universo espiritual del pueblo escogido de la mano de su madre y de José, al que correspondía dirigir la oración doméstica según la tradición judía. La piedad de Israel configuraba el tiempo y la actividad cotidiana, acompasando los días y los meses con una cadencia de agradecimiento, alabanza, petición y celebración de los dones de Dios. A lo largo de los años previos a su ministerio público, Jesús aprendió y vivió estas manifestaciones de piedad, haciendo de la actividad diaria el camino de su diálogo con el Padre. «Así, en el ritmo de las jornadas transcurridas en Nazaret, entre la casa sencilla y el taller de José, Jesús aprendió a alternar oración y trabajo, y a ofrecer a Dios también la fatiga para ganar el pan necesario para la familia»<sup>17</sup>.

---

*ción*, 55-57; LA POTTERIE, I. DE, *La oración de Jesús*, p. I: «El cuadro externo de la oración de Jesús», 19-54.

<sup>15</sup> SCHLOSSER, M., *Teología de la oración*, 55.

<sup>16</sup> A partir de los datos históricos de la Palestina de la época de Jesús, Robert Aron reconstruye el contexto, la vida y el tipo de educación que debió de recibir en el hogar familiar: ARON, R., *Les années obscures de Jésus*, Paris: Bernard Grasset, 1960. Sobre la formación de su piedad, cfr. en particular los capítulos III. «Jésus a la synagogue» y IV. «L'enfant Jésus devant Dieu» (67-116). «C'est ainsi, autour de Jésus enfant, dans le cadre de sa maison familiale, tout un univers voué au divin qui se révèle. Le sacré l'accompagne à son domicile, en chacun de ses instants. De ses effluves familiers, il colore chacun des actes, il accompagne chacune des pensées de l'enfant» (72).

<sup>17</sup> BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 28-XI-2011. Este autor insiste en la importancia de atender a la dimensión humana de la infancia de Jesús, verdadero hijo de María: cfr. RATZINGER, J., *El camino pascual*, 84-85; RATZINGER, J., *Il Dio di Gesù Cristo*, 80-81.

Por la mañana y al atardecer estaba prescrito renovar la confesión de la *Shemá* (Dt 6,4-5); y es posible que la costumbre de Jesús de levantarse temprano y retirarse al final del día para orar guardara relación con esta práctica, si bien él prolongaba esos momentos en intensos espacios de oración personal<sup>18</sup>. Hay constancia en el evangelio de los viajes de Jesús a Jerusalén para participar en las grandes fiestas litúrgicas de Israel, de la costumbre de bendecir y dar gracias por los alimentos en las comidas, o del uso habitual de los salmos, que brotan con espontaneidad en su oración personal y en sus enseñanzas. También se reconocen en el Padrenuestro algunos paralelismos con oraciones difundidas en la piedad judía contemporánea a Cristo, como la *Tephillah* y el *Qaddish*. La *Tephillah* u oración de las dieciocho bendiciones (en tiempo de Jesús era inferior el número) se recitaba a las tres de la tarde; el *Qaddish* era la oración que finalizaba la intervención del encargado de comentar la Escritura los sábados en la sinagoga<sup>19</sup>.

De esta manera puede apreciarse que Jesús hizo suyas y vivió con fidelidad las expresiones de la piedad y la liturgia de Israel. Aunque su relación con Dios era completamente singular, la vivió en el contexto de la fe y la tradición del pueblo de la Antigua Alianza<sup>20</sup>. Siendo la oración el aliento «que atraviesa toda su vida, como un canal secreto que riega la existencia, las relaciones, los gestos»<sup>21</sup>, esa corriente se alimentaba con la oración vocal y se organizaba también de modo concreto, en tiempos determinados que conferían un ritmo cotidiano y sencillo a su relación con el Padre.

Junto a estas afirmaciones, es necesario señalar de nuevo la originalidad de la oración de Cristo en las actitudes, el modo y el contenido. Conservando la fidelidad a las prácticas tradicionales, Jesús va orientando a sus discípulos hacia una mayor interioridad, sencillez y sinceridad en el trato con Dios, en la línea de los anuncios proféticos, y sobre todo, hacia una progresiva concentración en torno a Él mismo, como nuevo templo de la presencia y el encuentro con Dios<sup>22</sup>. Como indica Juan Pablo II, «ciertamente Jesús oraba en las

<sup>18</sup> La rápida respuesta al escriba que le pregunta cuál es el principal mandamiento de la Ley manifiesta hasta qué punto le resultaba cercana a Jesús la recitación de la *Shemá* (cfr. Mc 12,29-30; JEREMÍAS, J., *Abba*, 82).

<sup>19</sup> AVRIL, A.-C., «Iluminaciones rabínicas», en BAUDOZ, J.-F., DAHAN, G. y GUINOT, J.-N., *La oración del Señor* (Mt 6,9-13; Lc 11,2-4), Estella: Verbo Divino, 2008, 19-28; SCHLOSSER, M., *Teología de la oración*, 57.

<sup>20</sup> Cfr. RATZINGER, J., *El camino pascual*, 146.

<sup>21</sup> BENEDICTO XVI, *La oración de Cristo*, 9.

<sup>22</sup> Cfr. LA POTTERIE, I. DE, *La oración de Jesús*, 42-43.

distintas circunstancias que *surgían de la tradición y de la ley religiosa de Israel*», pero es preciso contemplar directamente a Jesús orante en quien «se expresa del modo más personal el misterio del Hijo, que “vive totalmente para el Padre”, en íntima unión con Él»<sup>23</sup>.

## 2. LA ORACIÓN DEL HIJO DE DIOS ENCARNADO

No son muchos los pasajes donde el evangelio recoge el contenido explícito de la oración de Cristo, pero la autenticidad de esos breves *logia Iesu* ha sido comúnmente aceptada por la crítica textual. Poseen una gran importancia porque en ellos se desvela «la singular e intimísima unión que vivía Jesús con el Padre, el sentido de su filiación y la confianza con que se dirigía a Él»<sup>24</sup>. En todos los lugares del evangelio donde Jesús se dirige a Dios lo llama Padre, excepto en la invocación que pronuncia en la cruz («Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado»), en la que no usa directamente sus propias palabras sino que hace suya la plegaria del Salmo 22. Por eso, entre las expresiones de su oración ocupa un lugar particularmente relevante el empleo del apelativo *Abba*<sup>25</sup>, que pone de manifiesto una intimidad y afinidad sorprendentes.

Se trata de un término arameo con el que los hijos pequeños se dirigen a su padre; y aunque su uso se fue ampliando más allá de la infancia, seguía perteneciendo al lenguaje familiar propio de los hijos<sup>26</sup>.

Aunque solo el evangelio de Marcos ha conservado la palabra aramea *abba* (Mc 14,36), del estudio exegético de las demás invocaciones de Jesús en los evangelios se deriva que las expresiones *πάτερ*, *ὁ πάτερ* y *πάτερ μου* estarían traduciendo al griego la expresión *abba*. Esa conclusión lleva a afirmar que «Jesús ha empleado este término en las otras oraciones, es más en todas sus

<sup>23</sup> JUAN PABLO II, *Creo en Jesucristo*, 112-113, 108. Cfr. *Compendio de la Iglesia Católica*, n. 541. Hamman comenta poéticamente que en la oración de Jesús no se percibe el sentimiento de lejanía que experimentan los místicos, ni el de impotencia o miseria, sino más bien «la alegría de acercarse a la costa del país de su alma» (HAMMAN, A., *Compendio de la oración cristiana*, 44); en el mismo sentido: cfr. LA POTTERIE, I. DE, *La oración de Jesús*, 149-150.

<sup>24</sup> CASCIARO, J. M., «La oración de Jesús en los evangelios sinópticos», 226.

<sup>25</sup> Cfr. MARCHEL, W., *Abba Père! La prière du Christ et des chrétiens*, Analecta Biblica 19A, Rome: Biblical Institute Press, 1971; GRELOT, P., *Las palabras de Jesucristo*, Barcelona: Herder, 1988, 299-340; JEREMIAS, J., *Abba y El mensaje central del Nuevo Testamento*, Salamanca: Sígueme, 1993, 17-89 (los frutos de esta investigación se recogen sintéticamente en JEREMIAS, J., *Teología del Nuevo Testamento. La predicación de Jesús*, 8ª ed., Salamanca: Sígueme, 2009, 80-87).

<sup>26</sup> JEREMIAS, J., *Abba*, 86.

oraciones». Es decir, puede concluirse que según el testimonio apostólico, Jesús siempre se dirigía a Dios con el vocablo arameo *abba*<sup>27</sup>.

Tanto Jeremias como Marchel subrayan la originalidad de esta forma de dirigirse a Dios, que no se encuentra en ningún lugar del Antiguo Testamento ni en otras fuentes de la oración judía anterior o coetánea a Jesús. Es más, se comprende la sorpresa y el desconcierto que provocaba en sus contemporáneos, porque este apelativo expresaba la confianza y cercanía de un hijo con su padre en el círculo íntimo del hogar: «dar este título a la Divina Majestad habría sido para ellos una verdadera profanación»<sup>28</sup>; resultaba impensable para la mentalidad judía veterotestamentaria.

Estas observaciones tienen gran interés. Precisamente porque *abba* designaba en el lenguaje humano una filiación natural, resultaba un término idóneo para expresar la relación de Jesús con el Padre. Trascendiendo las figuras que anunciaban la paternidad de Dios en el Antiguo Testamento, Jesús revela a través de esta palabra una filiación singular y única<sup>29</sup>. Ya no se trataba simplemente de una paternidad genérica sobre el pueblo o sobre el rey, sino de una verdadera relación natural, con la que se cumplían de modo insospechado las palabras del Salmo 2,7: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy». Por eso «constituye seguramente una forma de hablar propia de Jesús y es la expresión de su omnipotencia y de su conciencia de ser el enviado del Padre»<sup>30</sup>.

Esta conciencia se desvela de modo particular en la oración recogida en Mt 11,25-27 y Lc 10,21-22, que es conocida como *logion joánico* por el paralelismo con las enseñanzas del cuarto evangelio. En el momento en que Cristo pronuncia esta oración sus discípulos acababan de volver de la misión a la que los había enviado por pueblos y ciudades de Galilea<sup>31</sup>, durante la cual habían experimentado por sí mismos la potencia sanadora del nombre de Jesús. Llevaban ya un tiempo conviviendo con Él, habían sido testigos de sus milagros,

<sup>27</sup> MARCHEL, W., *Abba Père! La prière du Christ et des chrétiens*, 124-138, 124. A la misma conclusión llega Joachim Jeremias: cfr. JEREMIAS, J., *Abba*, 86.

<sup>28</sup> MARCHEL, W., *Abba Père! La prière du Christ et des chrétiens*, 122-123.

<sup>29</sup> MARCHEL, W., *Abba Père! La prière du Christ et des chrétiens*, 123, 139. RATZINGER, J., *El camino pascual*, 96-97. CASCIARO, J. M., «La oración de Jesús en los evangelios sinópticos», 221: «el modo como se dirige Jesús al Padre celestial nos revela, en coherencia con otros momentos de su oración, la intimidad misteriosa y profunda, inefable, que mantenía con Él, expresada en el vocativo entrañable de *Abba*», que muestra, a la vez, la confianza y el respeto filiales».

<sup>30</sup> JEREMIAS, J., *Abba*, 86.

<sup>31</sup> El contexto del regreso de los discípulos es inmediato en el evangelio de Lucas; Mateo sitúa este envío un poco antes, en el capítulo 10, pero no se hace eco explícito de su regreso al introducir esta oración.



habían escuchado su enseñanza «con autoridad» (Mt 7,29), de alguna manera intuían en él una secreta proximidad a Dios. Jesús había ido preparándolos pacientemente para que fueran capaces de abrirse al misterio de su filiación divina, declarada por el Padre desde el comienzo de su ministerio, en la teofanía del Jordán. Pero a la vez, esa progresiva manifestación había estado velada por una prudente reserva, para evitar que malinterpretaran el significado de su misión mesiánica<sup>32</sup>. Ahora, lleno de gozo en el Espíritu Santo por los frutos de esta primera parte de su ministerio, Jesús da gracias a su Padre (*Abba*), al que se dirige como «Señor del cielo y de la tierra» (expresión que remite al Creador: cfr. Gn 1,1). Y a continuación revela claramente la fuente de esa familiaridad: «Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo» (Mt 11,27; Lc 10,22). Se trata de un conocimiento recíproco pleno y, por tanto, propiamente divino, que solo puede provenir de una filiación natural, así como de la igualdad en el poder que el Hijo recibe del Padre. Esta relación única y exclusiva con el Padre es expresada en el evangelio de Juan como inmanencia recíproca, en perfecta unidad (Jn 17,10.21-26). Y en ella se fundamenta la función reveladora y mediadora de Jesús: conocer al Hijo es conocer al Padre en Él, encontrar en Él al Padre (Jn 14,9-11)<sup>33</sup>.

En el evangelio de Mateo, este *logion* se articula en tres partes: la oración de Jesús propiamente tal (vv. 25-26); la explicación de esta oración con la declaración de su divinidad (v. 27); y la exhortación a aprender de Él, manso y humilde de corazón (v. 28). La conexión de estos tres elementos sugiere una vinculación teológica<sup>34</sup>. Jesús alaba y aprueba lleno de gozo la decisión del Padre, que ha reservado el conocimiento de los misterios del Reino a los pequeños y sencillos. Esta adhesión se sitúa en la línea veterotestamentaria de la preferencia de Yahvé por los «pequeños», los *petayîm* a los que María pone voz en

<sup>32</sup> Lucas sitúa poco antes de esta oración la confesión de Pedro, a la que Cristo responde con el anuncio de su pasión y muerte (Lc 9,18-22).

<sup>33</sup> MARCHEL, W., *Abba Père! La prière du Christ et des chrétiens*, 163: «Les prérogatives du pouvoir universel (v. 27a) et la connaissance plénière du Père (v. 27b-c) créent en Jésus l'aptitude à être médiateur et révélateur des secrets du Père».

<sup>34</sup> CASCIARO, J. M., «La oración de Jesús en los evangelios sinópticos», 221: «La llamada, dirigida a todos, a seguir el camino del Mesías manso y humilde tiene todo el aire de la exigencia original de Jesús y de la manifestación de su intimidad de vida. A toda la perícopa, pues, hay que reconocer tal coherencia que, sea cual fuere la relación en origen de las tres partes, estas forman una unidad temática de especial importancia teológica y bien expresiva de los sentimientos y de la oración íntima de Jesús al Padre».

el Magnificat, frente a la sabiduría de los que se creen autosuficientes<sup>35</sup>. Pero en el marco de esta oración, la consideración del designio del Padre hacia los «pequeños» adquiere un alcance más profundo. El mismo Jesús, manso y humilde de corazón, es el que posee el pleno conocimiento del Padre y el que lo revela a quien quiere. Y lo que él desea es revelarlo a los mismos a los que ha parecido bien al Padre, que son precisamente los que se asemejan a Jesús, el Hijo, cuya existencia consiste en acoger y expresar el don del Padre en un constante reconocimiento agradecido: «todo me lo ha entregado mi Padre» (Mt 11,27). Solo los humildes y sencillos aceptan el don de Dios, a imagen del Hijo, que «no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, pues lo que Él hace, eso lo hace del mismo modo el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace» (Jn 5,19-20). Vivir del amor del Padre, recibir de Él la vida y el poder, secundar su voluntad son expresiones de su condición filial (cfr. Jn 5,26-27.30).

En este marco se comprende la exigencia de hacerse como niños que Jesús propone a sus discípulos. Ratzinger plantea que

«el ser-niño asume en la predicación de Jesús un papel tan particular porque manifiesta la íntima correspondencia que existe con su misterio más personal, con su filiación. Su dignidad más excelsa, la que se refiere a su divinidad, en último término no es un poder poseído por sí mismo, sino que se fundamenta sobre su ser en referencia al Otro: a Dios Padre»<sup>36</sup>.

Y en este sentido, san Josemaría Escrivá de Balaguer establece una ecuación entre la filiación divina y la infancia espiritual: «hay que aprender a ser como niños, hay que aprender a ser hijo de Dios»<sup>37</sup>. Los «pequeños y sencillos» que son capaces de recibir los misterios de Dios son los que viven a la medida del Hijo, con plena confianza y abandono en el Padre. Por eso solo los que se hacen como niños pueden entrar en el Reino de los cielos e identificarse con Cristo (Mt 18,3-5; Mc 9,36-37; Lc 9,47-48 y 18,17).

A la medida de Jesús, los hombres viven su propia verdad en dependencia y referencia al Padre, del que todo lo reciben y hacia quien se dirigen por el camino de la alabanza y el reconocimiento, de la respuesta agradecida que acepta el don y se conforma amorosamente –libremente, por tanto– con la vo-

<sup>35</sup> CASCIARO, J. M., «La oración de Jesús en los evangelios sinópticos», 224. Lc 1,46-55.

<sup>36</sup> RATZINGER, J., *Il Dio di Gesù Cristo*, 78-79 (la traducción es mía).

<sup>37</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, Madrid: Rialp, 2002, n. 148.

luntad paterna. Los «sabios y prudentes» (Mt 11,25) no pueden alcanzar el conocimiento verdadero de Dios porque no aceptan ser «pequeños», «hijos», sino que buscan afirmarse a sí mismos desde sus propias fuerzas, persiguen la emancipación y la autonomía como clave última de su existencia<sup>38</sup>. Y sin embargo, la fuente de la que mana la dignidad y la libertad del hombre es su condición de imagen de Dios: la vocación originaria a la filiación divina, a imagen de Cristo. Por eso, «solo si conserva el núcleo más íntimo de la infancia, es decir, la existencia filial vivida anteriormente por Jesús, puede el hombre entrar con el Hijo en la divinidad»<sup>39</sup>. Y en este sentido puede afirmarse que, de forma análoga a Jesucristo, también para el cristiano la oración de hijo de Dios es «centro y clave» de su vida<sup>40</sup>, que configura todas las dimensiones de la existencia<sup>41</sup>.

### 3. DOS ASPECTOS DEL CONTENIDO DE LA ORACIÓN DE JESÚS:

#### LA ALABANZA AL PADRE Y EL CUMPLIMIENTO DE LA MISIÓN REDENTORA

Por referencia al Padre, la oración de Jesús se caracteriza por la alabanza y la glorificación, una confianza plena, y la adhesión amorosa de su corazón humano al misterio de su voluntad<sup>42</sup>; por referencia a nosotros, se expresa en súplica, intercesión y petición de perdón para sus hermanos los hombres<sup>43</sup>. Entre estos aspectos se pueden destacar dos rasgos que guardan una relación particular con el misterio de su condición de Hijo y Mesías. Se

<sup>38</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual*, 81-84: «El hombre quiere ser Dios y –dando a esta expresión su sentido correcto– debe llegar a serlo. Pero cuando trata de serlo emancipándose de Dios y de su creaturalidad, poniéndose por encima de todo y centrándose en sí mismo, como en el eterno diálogo con la serpiente en el paraíso terrenal; cuando, en una palabra, se hace completamente adulto y emancipado y echa por la borda la infancia como manera de ser, entonces acaba en la nada, porque se pone en contra de su misma verdad, que significa un referirlo todo a Dios» (83).

<sup>39</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual*, 83.

<sup>40</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual*, 90.

<sup>41</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, n. 146: «La piedad que nace de la filiación divina es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos. (...) Pues lo mismo sucede en la conducta del buen hijo de Dios: se alcanza también –sin que se sepa cómo, ni por qué camino– ese endiosamiento maravilloso, que nos ayuda a enfocar los acontecimientos con el relieve sobrenatural de la fe (...) No importan las miserias, insisto, porque ahí están los brazos amorosos de Nuestro Padre Dios para levantarnos». Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, 44ª ed., Madrid: Rialp, 2010, nn. 64-65.

<sup>42</sup> CEC, n. 2603: «Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al “misterio de la voluntad” del Padre (Ef 1,9)».

<sup>43</sup> SAN JUAN PABLO II, Audiencia general, 29-VII-1987, n. 1, en *Creo en Jesucristo*, 113.

aludirá en primer lugar a la dimensión doxológica de su plegaria, y a continuación se observará que todo su obrar redentor mana del hontanar de su diálogo con el Padre.

### 3.1. *Alabanza y acción de gracias al Padre*

En la oración de la última Cena, Jesús condensa el sentido de su paso por la tierra como una obra de glorificación: «Padre, Yo te he glorificado sobre la tierra» (Jn 17,4). Esta síntesis permite interpretar el conjunto de la encarnación redentora como una *liturgia* de adoración al Padre, en la que Cristo le glorifica en nombre de todas las criaturas<sup>44</sup>.

A lo largo del evangelio, uno de los contenidos más frecuentes de la plegaria de Jesús es la bendición y la acción de gracias (Jn 11,41; Jn 6,11; Lc 22,17.19; etc.). Con esta disposición se sitúa en la tradición orante del Antiguo Testamento, recogida de modo particular en los Salmos. Pero de forma más radical puede decirse que esta oración expresa la comunión de vida en el seno de Dios, ya que «refleja del modo más perfecto la relación existente entre las Personas divinas de la Trinidad»<sup>45</sup>. De esta manera, la acción de gracias de Jesús es traducción «de la misma *intimidad existencial suya con el Padre*»<sup>46</sup>, vivida en la conciencia del don recibido y el reconocimiento agradecido. Jesucristo contempla su vida y todo cuanto existe como don amoroso del Padre sumamente bueno, fuente de toda bendición; y recapitula en su alabanza a todas las criaturas, reuniéndolas en el sí gozoso ante la bondad del Padre que Él pronuncia también con su oración humana.

Hay que añadir que la acción de gracias de Cristo se convierte en camino de redención, pues libera al hombre del orgullo y recompone el orden original:

«Viviendo en acción de gracias, Cristo, el Hijo del hombre, el nuevo “Adán”, *derrotaba en su raíz misma el pecado* que bajo el influjo del “padre de la mentira” había sido concebido en el espíritu “del primer Adán” (cfr. Gén 3). La acción de gracias restituye al hombre *la conciencia del don entregado* por Dios “desde el principio” y al mismo tiempo *expresa la dis-*

<sup>44</sup> BANDERA, A., *María orante con Cristo*, 39-47.

<sup>45</sup> SAN JUAN PABLO II, Audiencia general, 17-IV-1991, n. 6, en *Creo en el Espíritu Santo*, 379.

<sup>46</sup> SAN JUAN PABLO II, Audiencia general, 29-VII-1987, n. 2, en *Creo en Jesucristo*, 113. Cfr. JEREMÍAS, J., *Abba*, 86.

*ponibilidad a intercambiar el don: darse a Dios, con todo el corazón y darle todo lo demás»<sup>47</sup>.*

En esta línea se explica la solicitud de san Pablo, que exhortaba vivamente a los primeros cristianos para que entonaran himnos y cánticos, dando de continuo gracias a Dios Padre a través de Jesús (Col 3,7; Ef 5,18-20).

En cuanto el agradecimiento y la glorificación expresan de modo inmediato la respuesta adecuada al amor del Padre, pertenecen a la esencia más profunda de la oración. Otras facetas como la intercesión o la expiación pasarán, pero la gratitud y la alabanza perdurarán eternamente en la liturgia celeste, cuando la familia completa de los hijos de Dios se reúna con Cristo en la plenitud de la bienaventuranza escatológica.

### 3.2. *La oración del Mesías*

Antes se aludió a la oración de la última cena como síntesis que explica el conjunto de la vida de Cristo. En ella, inmediatamente después de la glorificación, Jesús añade el cumplimiento de la misión mesiánica: «Padre, Yo te he glorificado sobre la tierra, he terminado la obra que Tú me has encomendado que hiciera» (Jn 17,4). Así manifiesta con sencillez su conciencia de ser el enviado del Padre para llevar a término nuestra redención, y la fidelidad con que ha vivido ese encargo.

«Sí, Padre, porque así te ha parecido bien» (Mt 11,26). En esta oración se expresa la disposición fundamental que preside todo el obrar de Cristo: la perfecta conformidad con la voluntad de Dios, que es la traducción de «una vida filial orientada y unida al Padre»<sup>48</sup>. La obediencia es la respuesta de la voluntad humana de Jesús que se une con plena libertad a la voluntad del Hijo –identificada con la del Padre en el Espíritu Santo–, y a través de esta adhesión los hombres son liberados de la servidumbre del pecado para alcanzar la libertad de los hijos de Dios<sup>49</sup>. Por eso, Cristo ha desvelado en repetidas ocasiones que el impulso que mueve su vida es el querer del Padre: «Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8,29), «mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4,34). Y también nos muestra

<sup>47</sup> SAN JUAN PABLO II, Audiencia general, 29-VII-1987, n. 8, en *Creo en Jesucristo*, 116-117.

<sup>48</sup> SAN JUAN PABLO II, Audiencia general, 24-VIII-1988, nn. 2 y 6, en *Creo en Jesucristo*, 326-328.

<sup>49</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual*, 105. LA POTTERIE, I. DE, *La oración de Jesús*, 107: «Estos dos aspectos –el misterio de la filiación divina y el de la obediencia humana– están íntimamente unidos entre ellos en la persona de Jesús»; cfr. 137ss.

que ese es, en consecuencia, el camino para acoger el don de la filiación: los que cumplen la voluntad de su Padre son los que se unen familiarmente a Jesús, los que reciben una relación de parentesco *natural* no ya solo en el plano de la solidaridad de Cristo con todo hombre, sino en el de la adopción divina: «ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mt 12,48-50). Por eso nos enseña a pedir que se cumpla la voluntad del Padre en la tierra con la misma conformidad con que es secundada en el cielo (Mt 6,10), es decir, ante todo, por el propio Hijo: es en Él donde se hace realidad la plena adhesión al querer del Padre, tanto en el *cielo* como en la historia.

En Hb 10,5-7 se interpreta teológicamente el misterio de la encarnación a la luz del Salmo 40[39],7-9, planteándolo como un «proceso de oración», como fruto del diálogo eterno entre el Padre y el Hijo. El salmista se sitúa en sintonía con los profetas que, frente a la insuficiencia de los holocaustos de víctimas animales, proclamaban que el verdadero sacrificio agradable a Dios es la obediencia; por eso agradece al Señor que le haya «abierto el oído», disponiéndolo a la escucha –cumplimiento– de la Ley, en la que se revela la voluntad salvadora de Dios. El autor de la Carta a los Hebreos pone en boca de Jesús las palabras del salmista, pero sustituye «me abriste el oído» por «me preparaste un cuerpo». De este modo, interpreta la ascensión de nuestra humanidad por parte del Verbo como un acontecimiento de oración y de obediencia que abraza y da sentido a toda su vida en la tierra<sup>50</sup>. Al aceptar nuestra humanidad, el Hijo introduce nuestra «carne» en la conversación intradivina, toda su vida humana se convierte en respuesta «encarnada» del Hijo al amor del Padre. Y ese diálogo es el que constantemente ilumina e impulsa, con la fuerza del Espíritu Santo, la misión redentora de Cristo hasta llegar al completo don de sí en la cruz<sup>51</sup>.

El testimonio del Nuevo Testamento permite comprender que el cumplimiento de la misión de Cristo se enraiza en su oración<sup>52</sup>, en la que se entrelazan

<sup>50</sup> RATZINGER, J., *Il Dio di Gesù Cristo*, 70.72; «La preghiera è qui concepita come un vero processo che coinvolge l'intera esistenza e la inserisce in un movimento che la trascende. Qui l'ingresso di Cristo nel cosmo viene compreso come un avvenimento di volontà e di parola (...) Questo corpo, o meglio l'essere-uomo di Gesù, è il prodotto dell'obbedienza, il frutto dell'amore del Figlio che risponde al Padre. È, per così dire, una preghiera divenuta concreta».

<sup>51</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual*, 78: «La teología de la palabra se hace teología de la Encarnación. La consagración del Hijo al Padre emerge del diálogo intradivino y se hace aceptación del ser humano y, en consecuencia, consagración al Padre de la creación reasumida en el hombre. Este cuerpo, o mejor, la humanidad de Jesús, es producto de la obediencia, fruto del amor agradecido del Hijo; y al mismo tiempo es oración concretamente realizada».

<sup>52</sup> LA POTTERIE, I. DE, *La oración de Jesús*, 61-100.

misteriosamente el diálogo divino y humano del Hijo. Jesús vive en referencia al Padre también con su inteligencia y voluntad de hombre; lleva a cabo la obra de nuestra salvación con verdadera libertad e iniciativa humana<sup>53</sup>. Por eso es frecuente encontrar en el evangelio huellas de su intercesión por nosotros.

«Lejos de aislarle de los hombres, la oración sumerge a Jesús con mayor profundidad en el corazón de su misión, que consiste en salvar al mundo. Ella le permite discernir mejor el sentido de su venida, vencer las horas de la angustia, hacer más suya la historia de los hombres y llevarla a su cumplimiento y a su plenitud»<sup>54</sup>.

Cuando Marcos presenta la actuación de Jesús en los comienzos de su predicación en Galilea, mostrando el esquema habitual de su actividad durante esa etapa, dice que se levantaba «de madrugada, todavía muy oscuro» a hacer oración (Mc 1,35; cfr. Lc 4,42). Indica así que se trataba de la conducta ordinaria de Jesús: cada día fundamentaba su tarea evangelizadora en el diálogo con el Padre.

Esta forma de actuar se hace explícita especialmente cuando prepara los momentos más relevantes de su misión mesiánica, como la elección de los apóstoles o la confesión de Pedro. En el mismo comienzo de su ministerio público, la teofanía del Jordán tiene lugar durante la oración de Cristo después de ser bautizado: el Padre responde a la *justicia* de Jesús –que ha aceptado solidarizarse con nosotros, pecadores– proclamando su dignidad filial y enviándole al Espíritu Santo, que le unge con su potencia vivificante en orden a la misión. A continuación se retira al desierto, y allí encuentra en la oración y la penitencia la fuerza para vencer la sugestión diabólica, que busca apartarle del plan del Padre encaminándole hacia un mesianismo *fácil*, según esquemas de poder idolátricos que en último término definen un dominio tiránico sobre los hombres, a través de la apariencia y el miedo. Frente a esa caricatura del auténtico poder divino –la omnipotencia de la verdad y el amor–, Jesús adopta el camino de la misericordia compasiva del Padre, prefigurado en los cánticos del Siervo de Yahvé, y toma sobre sí nuestros pecados y dolores para liberarnos y curarnos (cfr. Is 53,4-12).

<sup>53</sup> Santo Tomás explica que es necesario reconocer en Jesús una verdadera oración de petición precisamente porque posee una voluntad verdaderamente humana: «quia in Christo est alia voluntas divina et alia humana; et voluntas humana non est per seipsam efficax ad implendum ea quae vult, nisi per virtutem divinam, inde est quod Christo, secundum quod est homo et humanam voluntatem habens, competit orare» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III<sup>a</sup> q. 21 a. 1 co.).

<sup>54</sup> HAMMAN, A., *Compendio de la oración cristiana*, 45.

Esta tentación diabólica acompañará insidiosamente el trabajo de Cristo hasta el final, generando múltiples resistencias e incompreensión entre sus contemporáneos. Sucesivamente, su respuesta fiel al designio del Padre se afirma en la oración, como puede verse por ejemplo tras la multiplicación de los panes, cuando el entusiasmo empuja a la gente a proclamarlo rey: la reacción de Jesús es retirarse al monte a orar hasta altas horas de la noche (Jn 6,15)<sup>55</sup>. Este combate se libraré con toda su potencia en el huerto de los olivos y durante su pasión y muerte, donde Jesús vence igualmente desde la oración y con la oración<sup>56</sup>.

No es posible presentar aquí toda la riqueza de la oración mesiánica de Jesús. Pero en conexión con el objetivo de este estudio, no se puede dejar de mencionar la doble dirección descendente y ascendente que estructura el diálogo de Cristo con el Padre en la última Cena, oración que la tradición cristiana ha llamado coherentemente *sacerdotal*<sup>57</sup>. Aquí Jesús se presenta ante los hombres como el «enviado» del Padre, y se presenta ante el Padre «en nombre de los hombres»<sup>58</sup>, abarcando en su plegaria toda la economía de la salvación, desde la decisión creadora hasta la escatología. Contempla el conjunto de su misión redentora desde el seno del Padre, a punto de ser cumplida con su sacrificio, y proyectada en la historia a través de la Iglesia hasta el final de los tiempos. Incorpora en su oración a sus discípulos de todos los tiempos para que, hechos una sola cosa con Él, continúen ofreciendo la salvación a todos los hombres con la fuerza del Espíritu Santo. En el desempeño de esta misión los cristianos han de anclarse, como Cristo, en el diálogo con el Padre, del que procede toda la fecundidad transformadora del amor divino<sup>59</sup>.

<sup>55</sup> Además, ante el inminente anuncio de la eucaristía en Cafarnaún, cabe pensar que en esta oración intercedió para que la fe de sus apóstoles no cediera a la tentación del escándalo y permanecieran fieles (Jn 6,60-69). Puede comprenderse como fruto de esa oración la decisión de acudir a ellos caminando sobre las aguas, como un signo más de su divinidad que fortaleciera la fe de los discípulos pocas horas antes de la prueba (Jn 6,16-21).

<sup>56</sup> SAN JUAN PABLO II, Audiencias generales del 16-XI-1988, 30-XI-1988 y 7-XII-1988, en *Creo en Jesucristo*, 368-373, 378-387. BENEDICTO XVI, *La oración de Jesús*, 51-74. LA POTTERIE, I. DE, *La oración de Jesús*, 116-136.

<sup>57</sup> CEC, n. 2747.

<sup>58</sup> SCHLOSSER, M., *Teología de la oración*, 58. Cfr. LA POTTERIE, I. DE, *La oración de Jesús*, 81-95, y el comentario teológico de esta oración en BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, Madrid: Encuentro, 2011, 95-123.

<sup>59</sup> De diversas maneras, Ratzinger señala que el lugar teológico de la Iglesia y del apostolado se encuentra en el diálogo entre el Padre y el Hijo: cfr. RATZINGER, J., *Il Dio di Gesù Cristo*, 88-89; *La oración de Jesús*, 48-49. De aquí se deriva que la fecundidad de la misión del cristiano tiene también su fuente en la oración con Cristo al Padre.



## 4. LA ORACIÓN «PER CHRISTUM»

A la luz del misterio de la oración del Hijo de Dios encarnado, único Mediador entre Dios y los hombres, es posible comprender con mayor profundidad que el camino que nos conduce al Padre es la humanidad de Cristo<sup>60</sup>.

Jesús ora como verdadero hombre y como Hijo unigénito del Padre, introduciendo nuestra humanidad y nuestra historia concreta en el eterno diálogo divino. Con su encarnación, el Verbo ha establecido el puente indefectible que enlaza la Trinidad con el hombre. Ahora, la oración del cristiano «es la relación viva de los hijos de Dios con su Padre infinitamente bueno, con su Hijo Jesucristo y con el Espíritu Santo»; y «esta comunión de vida es posible siempre porque, mediante el Bautismo, nos hemos convertido en un mismo ser con Cristo (cfr. Rm 6,5)»<sup>61</sup>. En esta alianza de amor se entrelazan misteriosamente la libertad de Dios y la libertad del hombre, el don de Dios y la respuesta original de cada cristiano: nuestra oración «brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, *en unión con la voluntad humana* del Hijo de Dios hecho hombre»<sup>62</sup>.

El Espíritu Santo –Espíritu del Padre y del Hijo– es quien nos asocia a la oración del propio Cristo, de manera que en Él y por Él clamamos también nosotros «Abba, Padre» (cfr. Ga 4,6 y Rm 8,14-16.26). De este modo, ahora la oración del cristiano es escuchada por el Padre con el mismo agrado que la de Jesús: «ya que el mismo Padre os ama» (Jn 16,26), es más, con el mismo amor con que ama al Hijo nos ama a nosotros (Jn 17,26)<sup>63</sup>.

El realismo de nuestra incorporación sacramental a Cristo, en medio de su carácter misterioso, llega al punto de que el mismo Jesús se *identifica* con los cristianos, como puede verse entre otros lugares en el diálogo que entabla con san Pablo camino de Damasco: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9,5). Para acercarse al misterio de esta identificación, san Agustín combina dos imágenes paulinas. Por una parte, la presencia de la cabeza en los miembros de su cuerpo y de los miembros en su cabeza, formando un solo Cristo (1 Cor 12,12-27). Por otra, la comparación con el matrimonio, donde dos personas

<sup>60</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, n. 299: «Para acercarnos a Dios hemos de emprender el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo».

<sup>61</sup> CEC, n. 2565.

<sup>62</sup> CEC, n. 2564. El subrayado es mío.

<sup>63</sup> Cfr. SCHLOSSER, M., *Teología de la oración*, 64. SAN JUAN PABLO II, Audiencia general, 17-IV-1991, en *Creo en el Espíritu Santo*, 377-378.

diferentes, permaneciendo distintas, «ya no son dos sino una sola carne» (Mt 19,6); y san Pablo aplica este misterio ante todo a la unión entre Cristo y su Iglesia (Ef 5,31-32), con la que constituye un solo cuerpo, una misma vida, un mismo actuar. Recogiendo ambas imágenes, san Agustín concluye que ahora es la cabeza la que clama en sus miembros y a la vez, la que en sí misma personifica a sus miembros: «Si son dos en una sola carne, ¿por qué no dos en una sola voz? Que hable pues, Cristo, porque en Cristo habla la Iglesia y en la Iglesia habla Cristo, y el cuerpo en la cabeza y la cabeza en el cuerpo»<sup>64</sup>. Además, hay que tener en cuenta que esta unión vital procede del vínculo de la caridad<sup>65</sup>, es fruto del don del Espíritu Santo. Por eso, la oración «en una sola voz» implica y expresa la adhesión de las voluntades: nuestra libertad se aúna con la de Cristo en un único clamor orientado a la gloria de Dios Padre y el reconocimiento de su amor, en el que se incluyen todas las facetas de nuestra existencia con-vivida con Jesús, el Hijo encarnado.

Unidos a Él aprendemos a tratar a Dios con la íntima amistad y sencillez de un hijo pequeño, a vivir con la confianza y la libertad de quienes se saben infinitamente amados por el «Señor del cielo y de la tierra». El cristiano se sabe contemplado constantemente por «un Padre amoroso –a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos–», que está siempre a nuestro lado «ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando»<sup>66</sup>. En esta conciencia filial se encuentra la fuente de la que mana la alegría y la esperanza cristianas, y el deseo de vivir para la gloria de Dios, buscando que todos conozcan y gocen de su bondad paterna. Por eso la oración del cristiano –al igual que la de Cristo– tiene como núcleo la identificación con la voluntad del Padre, que es voluntad de bendición y salvación.

Como antes se recordó, Ratzinger contempla la encarnación como un proceso de oración: Palabra que se hace vida y da forma y sentido a toda la

<sup>64</sup> SAN AGUSTÍN, *Enarratio II in Ps. 30*, sermo 1, 4: «Si duo in carne una, cur non duo in voce una?» (*Obras de san Agustín*, v. XIX, ed. bilingüe, ed. B. Martín Pérez, intr. gral. J. Morán, Madrid: BAC, 1964, 333). Expone una idea semejante en *Enarratio I in Ps. 101*, n. 2, donde concluye que los cristianos reconocemos nuestra propia voz en esa única voz que pronuncian Cristo y la Iglesia: «Ita enim erunt duo et in voce una, et in illa una voce iam non mirabimur nostram vocem (...) Vox ergo una, quia caro una» (*Obras de san Agustín*, ed. B. Martín Pérez, Madrid: BAC, 1966, v. XXI, 632-633).

<sup>65</sup> SAN AGUSTÍN, *Enarratio II in Ps. 30*, sermo 1, 3: «Hoc autem corpus nisi connexione charitatis adhaereret capiti suo, ut unus fieret ex capite et corpore» (*Obras de san Agustín*, v. XIX, 331).

<sup>66</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 267.

existencia humana de Cristo. De forma análoga, también nuestra oración tiene que informar la «carne» de nuestra realidad cotidiana, de manera que el diálogo con el Padre configure todas las dimensiones de nuestra vida, orientándolas conforme al querer de Dios<sup>67</sup>. Así, arraigados en la eucaristía, los hijos de Dios viven su existencia ordinaria desde el Padre y en referencia al Padre, unidos a Cristo en la alabanza, acción de gracias, intercesión y propiciación. Y de esta comunión de vida procede toda la fuerza y la eficacia de la misión apostólica del cristiano.

---

<sup>67</sup> RATZINGER, J., *El camino pascual*, 77-79 y 125-126.

**Bibliografía**

- AGUSTÍN, SAN, *La Trinità*, introd. A. Trapè e M. F. Sciacca, trad. G. Beschin, note A. Trapè e G. Beschin: *Opere di sant'Agostino*, v. IV, Roma: Città Nuova Editrice, 1973.
- AGUSTÍN, SAN, «Enarraciones sobre los Salmos», en *Obras de san Agustín*, v. XIX, ed. B. Martín Pérez, intr. gral. J. Morán, Madrid: BAC, 1964, y v. XXI, ed. B. Martín Pérez, Madrid: BAC, 1966.
- ARON, R., *Les années obscures de Jésus*, Paris: Bernard Grasset, 1960.
- AVRIL, A.-C., «Iluminaciones rabínicas», en BAUDOZ, J.-F., DAHAN, G. y GUTNOT, J.-N., *La oración del Señor (Mt 6,9-13; Lc 11,1-4)*, Estella: Verbo Divino, 2008, 19-28.
- BANDERA, A., *María orante con Cristo. Una oración teologal*, col. Tau 27, Ávila: López Hernández, 1990.
- BENEDICTO XVI, *La oración de Jesús*, Madrid: Palabra, 2012 (recopilación de las audiencias correspondientes, del ciclo de catequesis sobre la oración).
- CASCIARO, J. M., «La oración de Jesús en los evangelios sinópticos», *Scripta Theologica* 23 (1991/1) 215-228.
- FRANCISCO, PAPA, *Ciclo de catequesis sobre el «Padre nuestro»*, a partir de la audiencia general del 5-XII-2018. Se puede consultar en: <https://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2018.index.html#audiencias>.
- GRELOT, P., *Las palabras de Jesucristo*, Barcelona: Herder, 1988.
- GUARDINI, R., *Introducción a la vida de oración*, col. Pelicano, Madrid: Palabra, 2002.
- HAMMAN, A., *Compendio de la oración cristiana*, primera parte: «Raíces», Valencia: Edicep, 1990, 19-73.
- IZQUIERDO, C., «El Mediador, una clave para la teología», *Scripta Theologica* 49 (2017) 351-370.
- JEREMIAS, J., *Abba y El mensaje central del Nuevo Testamento*, Salamanca: Sígueme, 1993, 17-89.
- JEREMIAS, J., *Teología del Nuevo Testamento. La predicación de Jesús*, 8ª ed., Salamanca: Sígueme, 2009, 80-87.
- JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 72ª ed., Madrid: Rialp, 2001.
- JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 44ª ed., Madrid: Rialp, 2010.
- JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Amigos de Dios*, 34ª ed., Madrid: Rialp, 2009.

- JUAN PABLO II, SAN, *Creo en Jesucristo. Catequesis sobre el Credo II*, 3ª ed., Madrid: Palabra, 1987, 108-117, 325-330, 368-387.
- JUAN PABLO II, SAN, *Creo en el Espíritu Santo. Catequesis sobre el Credo III*, 2ª ed., Madrid: Palabra, 1997, 234-238, 376-381.
- LA POTTERIE, I. DE, *La oración de Jesús*, Madrid: PPC, 1999.
- MARCHEL, W., *Abba Père! La prière du Christ et des chrétiens*, Analecta Biblica 19A, Rome: Biblical Institute Press, 1971.
- RATZINGER, J., *El camino pascual. Ejercicios espirituales dados en el Vaticano en presencia de S. S. Juan Pablo II*, 2ª ed., Madrid: BAC, 2005.
- RATZINGER, J., *Il Dio di Gesù Cristo*, 4ª ed., Brescia: Editrice Queriniana, 2011.
- RATZINGER, J.-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, Madrid: Encuentro, 2011.
- SCHLOSSER, M., *Teología de la oración. Levantemos el corazón*, Salamanca: Sígueme, 2018.
- TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Summa Theologiae*, Textum Leoninum Romae 1903 ed. ac trans. a R. Busa SJ, denuo recogn. atque instr. E. Alarcón: <http://www.corpusthomicum.org>.



---

# RECENSIONES

